

Norberto Galasso

"Peronismo y Liberación Nacional
(1945 - 1955)"

© 2003, Centro Cultural
"Enrique Santos Discépolo"



Cuadernos para la Otra Historia
© Centro Cultural "Enrique S. Discépolo"
Buenos Aires, Argentina
www.discepolo.org.ar

Peronismo y Liberación Nacional (1945-1955)

El peronismo en el poder

El 4 de junio de 1946, Juan Domingo Perón asume como presidente de la Nación Argentina. Se inicia así un complejo período de nueve años que se cierra el 16 de setiembre de 1955, al ser derrocado por un golpe militar.

El pensamiento liberal- conservador ha reducido esta experiencia muy rica en protagonismo popular calificándola como "dictadura", "totalitarismo" o "tiranía". La izquierda tradicional lo juzgó durante mucho tiempo como una expresión del "fascismo" o del "nazismo" que derrotado en Europa habría reflorecido en nuestro país. La "Historia Social" lo reduce desdeñosamente a la condición de "populismo", es decir, un fenómeno político que si bien contenta a las masas y les otorga cierto protagonismo, cultiva la demagogia y no concreta transformaciones económico-sociales de importancia.

Estas interpretaciones parten de una apología -en mayor o menor medida- respecto a la Argentina anterior al 4 de junio de 1943, subordinándose a la óptica mitrista según la cual aquel habría sido "un gran país blanco y europeizado", ajeno a la "barbarie latinoamericana" y que "ocupaba un lugar importante en el concierto de las naciones del mundo". Es decir, no advierten que existe una cuestión nacional a resolver, es decir, que se trata de una semicolonía proveedora de alimentos baratos al Imperio Británico y consumidora de sus excedentes industriales, con importante deuda externa y una gravísima deformación económica hacia el puerto de Buenos Aires, instrumentada a través de la red ferroviaria británica. Seguros, fletes, gran comercio importador y exportador, puertos, elevadores de granos, transportes, etc. eran extranjeros. Inclusive varios presidentes de nuestro país llegaron al cargo directamente desde su desempeño como abogados del gran capital inglés (Manuel Quintana en 1904, Roberto Ortiz en 1938) o estrechamente ligados a la finanza europea (Victorino de la Plaza, en 1914) o subordinados al interés del capital extranjero (Mitre en 1868, Uriburu en 1930, A. P. Justo en 1932).

Si se parte de esta correcta caracterización de la Argentina agroexportadora, por cierto que resulta claro que el peronismo es un frente nacional, que quiebra esa dependencia. Sin embargo, su naturaleza policlasista y la conducción pendular del Gral. Perón le otorgan rasgos muy específicos que han provocado más de un quebradero de cabeza a los intelectuales de la época que intentaron definirlo.

El peronismo: ¿fascismo o socialismo?

¿Cómo definir a ese "hecho maldito del país burgués", según lo calificaba John William Cooke?

Quizás la mejor manera sea, en primer término, desechar las falsas categorizaciones con que se ha pretendido aprehenderlo.

¿Se trata acaso de un movimiento fascista porque uno de sus principales sustentos es un sector del Ejército de reconocida tendencia antibritánica? ¿Se trata



acaso de un movimiento socialista porque el otro sustento fundamental está dado por el fervoroso apoyo de la mayoría de la clase trabajadora? Ni lo uno, ni lo otro.

El fascismo es la dictadura de la clase dominante de los países capitalistas sin colonias, apoyada en grandes sectores de la clase media y ex -trabajadores lanzados a la desocupación, cuyo objetivo es liquidar la izquierda y consolidar el viejo orden a través de una política expansionista. Aquí, en cambio, la clase dominante se declara abiertamente en contra del General Perón, los trabajadores se organizan al calor oficial y el enemigo principal -simbolizado por Braden- es el imperialismo, con la complicidad de amplios sectores de la clase media.

Por su parte, el socialismo implica la colectivización de la propiedad y aquí, el peronismo entrega el manejo de la economía a un "exitoso empresario" (Miguel Miranda) verificándose un proceso de desarrollo capitalista con base en el mercado interno como nunca antes se había visto en la Argentina, aunque con avances sociales y una franja del aparato productivo que ha sido estatizada.

Las contradicciones del peronismo gobernante son muchas y mientras los obreros -que no tenían mucho que "desaprender"- captan inmediatamente sus aspectos más progresistas, los intelectuales -que saben mucho de los procesos europeos y los trasladan mecánicamente a una Argentina muy específica- se quedan perplejos o sueltan las interpretaciones más absurdas.

Esos rasgos contradictorios son, por ejemplo, que el peronismo es, desde su origen, un movimiento que impulsa el desarrollo capitalista, con fuerte apoyo de los trabajadores; que reconoce importantes conquistas sociales a los sectores obreros a través de un líder de origen militar; que promueve una intensa industrialización con capitales nacionales pero al mismo tiempo ocupa una importantísima franja de la economía con empresas estatales, que gran parte de los empresarios industriales beneficiarios de crédito barato y mercado interno en crecimiento, son antiperonistas.

Frente a este fenómeno tan singular, se comprende la dificultad para descifrar su naturaleza histórica.

El frente antiimperialista

Sin embargo, a pesar de sus caracteres contradictorios, el peronismo se manifiesta, desde su nacimiento, como la expresión política de una confluencia de sectores nacionales, entendiendo por tales aquellos sectores de la sociedad argentina que, en mayor o menor medida, resultaban sofocados por el viejo régimen agroexportador que conformaba una economía complementaria del Imperio Británico: trabajadores de una industria reciente crecida al calor de la crisis del treinta y de la Gran Guerra; sectores de clase media de modestos recursos, empleados de servicios y del aparato estatal; trabajadores estacionales y clases medias empobrecidas del interior; partes de un empresariado nuevo de capital nacional que vende al mercado interno, sectores de la oficialidad del Ejército con posición nacional, en algunos casos, industrialistas; sectores de la Iglesia, a veces sacerdotes de vocación popular, pero más especialmente aquellos que desde una óptica conservadora intentan que los cambios que estiman inevitables se produzcan en orden.

Esta confluencia de clases -en la cual coexisten, desde el principio, coincidencias y disidencias- se define nacional en tanto pugna por quebrar el sistema de la dominación británica que ha convertido a la Argentina en la "granja de su Graciosa Majestad". Se trata, pues, de un frente antimperialista o frente nacional



capaz de llevar a cabo esa ruptura de la dependencia. Esas diversas víctimas del imperialismo inglés, al no encontrar canales, en el escenario político del 40, por donde expresar su vocación de cambio, "inventan" el peronismo.

El radicalismo, después de aquella época de liderazgo yrigoyenista en la cual había mostrado pujanza y fervor antioligárquicos, había ingresado en caminos de "alvearización" integrándose al sistema de la dependencia, no solo porque el partido había caído bajo el control de una dirección conciliadora sino porque una gran parte de sus bases se han adaptado al país agrario semicolonial. FORJA ha constituido el intento más importante por revivificar los viejos bríos y gestar un programa antiimperialista definido, pero su notable importancia ideológica no se ha traducido en fuerza política capaz de disputar el control partidario a la vieja conducción. A su vez, tampoco los partidos de izquierda tradicional constituían herramientas aptas para expresar esas ansias de transformación que palpitaban en las mayorías populares. El Partido Socialista, tomado ideológicamente por la clase dominante, profesaba un liberalismo oligárquico de izquierda, más preocupado por el divorcio, los homenajes a Rivadavia y las cooperativas que por el problema fundamental de los argentinos: la cuestión nacional. Su vieja base social -un proletariado artesanal y de servicios- había visto disminuida su influencia en la sociedad argentina, mientras la nueva clase obrera industrial -de origen provinciano, especialmente- no se reconocía en esos hombres pretendidamente cultos, sólo preocupados por la suerte de ingleses y franceses en la contienda europea.

Asimismo, el Partido Comunista tampoco constituía un posible canal de las inquietudes populares. Si bien había visto crecer sus filas sindicales en los años treinta (en la medida en que la industrialización de la preguerra nuclea obreros) su sometimiento a las volteretas diplomáticas de la URSS -producto de la teoría stalinista del "socialismo en un solo país, por supuesto, en la URSS- desprestigiaba a sus gremialistas y los aislaba de las bases. Así ocurrió, por ejemplo, con los obreros metalúrgicos y de los frigoríficos, cuyas huelgas fueron levantadas por decisión del Partido para no entorpecer las relaciones con empresas anglo-yanquis y no perturbar el envío de carne a los ejércitos aliados, abandonando así la defensa de los reclamos salariales. Esa subordinación a la diplomacia soviética -por entonces del brazo de los Estados Unidos y Gran Bretaña- conduce a la agrupación, con la excusa de enfrentar al fascismo, a estrechar filas junto a los amigos, del imperialismo, desde Antonio Santamarina hasta Nicolás Repetto y la diplomacia anglo-yanqui.

Por estas razones, ese amplio frente social que clama por una conducción política, al **no encontrar expresión** en los partidos tradicionales, inventa un liderazgo sobre la marcha nucleándose alrededor del general Perón. "La del '45 -escribirá John W. Cooke- fue una situación revolucionaria donde los esquemas teóricos no servían. Faltaba una "Izquierda Nacional" y ese papel pasó a ocuparlo el peronismo, aunque sin definirse como tal" (por supuesto, la diferencia no estriba meramente en el rótulo, sino en que el camino de la Liberación Nacional se intentará a través de un proyecto distinto del que hubiese implementado el socialismo revolucionario a la cabeza del frente).

Ese frente, que es nacional por su composición social y su objetivo político, ratifica entonces ese carácter cuando dirime fuerzas con otro frente de clases que se le opone: la vieja oligarquía (terratenientes, exportadores, importadores, grandes comerciantes y banqueros) enfeudada desde décadas a los ingleses, que arrastra consigo a un importante sector de clase media usufructuaria de algunas migajas del



festín colonial (subordinada por la colonización pedagógica, a la clase dominante), alianza bendecida, protegida y hasta por momentos liderada, por el embajador norteamericano Spruille Braden.

La Liberación Nacional

El frente nacional así constituido, desarrolla a partir de 1946 una política que significa la ruptura de la dependencia respecto al imperialismo británico y que por ésta razón calificamos de Liberación Nacional. Dicha ruptura se logra a través de sucesivas medidas que recuperan para la Argentina los resortes de la economía que estaban en manos del capital inglés: la nacionalización del Banco Central que pone en manos del Estado el control de los cambios, las tasas de interés y la circulación monetaria; la nacionalización de los depósitos de la banca privada que entrega al Banco Central el control del crédito, la creación del Instituto Argentino de Promoción del Intercambio (IAPI) que significa el control estatal del comercio exterior (antes en manos de un puñado de consorcios extranacionales); la nacionalización de los ferrocarriles y de empresas de transporte automotor que permite reglar las comunicaciones terrestres según las conveniencias nacionales controlando a esa "tela de araña metálica" con centro en Buenos Aires donde se "ahogaba la mosca de la república"; el impulso dado a la flota mercante que permite lograr la suficiente independencia para manejar nuestras exportaciones sin depender, como antes, de las exigencias de la "Blue Star Line" inglesa; la implantación de un régimen estatal de reaseguros (INDER), que quebranta la subordinación al Lloyds de Londres, ejercido, a través de Leng Roberts y reducía las posibilidades de manejar autónomamente nuestro comercio exterior.

Por otra parte, el recupero de la soberanía sobre nuestros puertos, así como el reemplazo de la Cía. Primitiva de Gas por Gas del Estado, de la extranjera Unión Telefónica por ENTel y de las usinas provinciales en manos de la American Foreign Power por la red de Agua y Energía constituyen otros tantos jalones que sientan las bases del proceso de Liberación Nacional. Por unos pocos años, la Argentina vivió sin deuda externa, al tiempo que privilegiaba convenios bilaterales para resguardar sus reservas y defendía tozudamente el precio de sus productos exportables. Es cierto que la CADE y los frigoríficos extranjeros no fueron afectados por la política nacionalizadora, pero esto sólo permite señalar una vacilación, una concesión, dentro de una política que incuestionablemente es de Liberación Nacional por cuanto aprovecha la debilidad del imperialismo británico al concluir la Segunda Guerra para quebrantar los lazos con que nos sometía y al mismo tiempo, adopta las medidas necesarias para que el imperialismo yanqui -no pueda suplirlo en su función opresora (es el único país de América Latina que no ingresa al sistema del Fondo Monetario Internacional).

Un capitalismo nacional

Ahora bien, esta política antiimperialista -por lo tanto históricamente progresiva- está muy lejos de implicar la instauración del socialismo en la Argentina. Por el contrario, desarrolla en alto grado las fuerzas productivas bajo el sistema capitalista. En verdad, jamás hubo en nuestro país una fisonomía capitalista tan neta como entre 1945 y 1955 si se observa desde la óptica de la inversión, la actividad productiva, la sustitución de importaciones y el apoyo estatal a la industria nacional. Nunca hubo



tanto humo saliendo de las fábricas, ni una presencia tan clara de un empresario nacional manejando la política económica como ocurrió entre 1946 y 1949 (Miguel Miranda).

En un período relativamente breve, los argentinos ingresaron a la modernidad de la cual son expresiones rotundas la creación de la Comisión Nacional de Energía Atómica, las bases de la industria pesada (SOMISA), la vinculación con el mundo a través de una empresa aérea nacional (Aerolíneas) y la instalación de la Televisión.

Esa modernidad -expresión del desarrollo capitalista- no es debidamente valorada por quienes olvidan o desconocen los rasgos de la vida cotidiana en la Década del Treinta y no perciben la importancia del cambio: de las cocinas a carbón o eléctricas a las cocinas a gas, de las barras de hielo a las heladeras eléctricas, del conventillo a los departamentos de propiedad horizontal, de "las chicas" limitadas a vapulear un piano alemán, estudiar "corte y confección" o espiar detrás de las persianas al "casoriable" que pasa por enfrente (y la alternativa: las luces malas del centro) a frecuentar las universidades, las asambleas del sindicato y votar en las elecciones nombrando a sus representantes; de los muchachos estirando el ocio en la tertulia del "cafetín de Buenos Aires" o madrugando para conquistar buena posición en las colas de desocupados, a las escuelas técnicas o de orientación profesional o las diversas profesiones universitarias cuyas posibilidades se multiplican ahora por el crecimiento de las fuerzas productivas. Hasta la relación entre los sexos se modifica profundamente en esos años quebrantando viejos tabúes.

Estos cambios de la vida argentina denotan la profunda diferencia que existe entre un capitalismo dependiente, semicolonial, donde el imperialismo opresor ahoga todo crecimiento y toda modernización que no se inserta en el modelo de economía complementaria montado sobre "ventajas comparativas, con respecto a un capitalismo nacional donde los recursos naturales y las fuerzas de la producción se movilizan intensamente dentro de una planificación general dirigida a resguardar la independencia económica y la soberanía política.

Sin embargo, cometeríamos un grave error si estableciéramos una analogía entre el capitalismo tal cual se desarrolló en los países centrales en épocas pasadas y este capitalismo nacional que vivió esa Argentina del gobierno peronista. Una de las diferencias más notables es que aquel capitalismo -europeo o norteamericano- si bien logró el apoyo del Estado, especialmente en cuanto a tarifas protectoras, giró esencialmente sobre la empresa capitalista privada y llevó a cabo la acumulación de capital succionando enormes masas de plusvalía a sus trabajadores. Aquí, en la Argentina, tuvo dos peculiaridades: por un lado, el proceso de crecimiento de las fuerzas productivas se caracterizó por una poderosísima franja de empresas estatales, a tal punto que podría hablarse más de una economía mixta que de una economía privada; por otro lado, la acumulación del capital no se basó fundamentalmente en la explotación de los asalariados, sino en la translación de ingresos desde el sector agrario al sector industrial. Ambos aspectos otorgan a ese capitalismo perfiles insólitos: un alto grado de "socialización" y el apoyo fervoroso y consecuente de los trabajadores, convertidos en columna importantísima del sistema.

La franja de economía estatizada

Como movimiento de Liberación Nacional que quiebra la dependencia y promueve el desarrollo de las fuerzas productivas, el movimiento nacional presidido



por Perón no puede dejar las empresas de servicios y las industrias estratégicas en manos del imperialismo pero, dada la debilidad de la burguesía nacional -que apenas se ha atrevido a abordar la industria liviana- el Estado debe asumir esa tarea. Ya entonces, estatización es sinónimo de nacionalización, así como privatización lo es de extranjerización.

De allí la política peronista que, en pocos años, arma una estructura poderosa de empresas estatales: Agua y Energía, Gas del Estado, ENTel, AFNE, ELMA, INDER, YPF, ENCOTEL, Ferrocarriles, Aerolíneas, Bancos estatales y Banco Central convertido en receptor de los depósitos de la banca privada, IAPI, Vialidad Nacional, Elevadores, Comisión de Energía Atómica, Puertos. Además, incursiona profundamente en áreas propias de la empresa privada: desde aquellas que implican una inversión de base muy alta, como la siderurgia o la explotación del carbón (YCF) y la energía (especialmente usinas hidroeléctricas desaprovechadas durante décadas por la importación del carbón inglés), sino también el grupo de las empresas DINIE (49 empresas, entre las cuales hay metalúrgicas, farmacéuticas, de construcción, químicas, etc., basadas en las ex-empresas alemanas Osram, Geigy, Bayer, Crisoldinie, Metaldinie, Ferrodinie) y el complejo de Fabricaciones Militares (empresas productoras de plaguicidas, funguicidas, solventes, productos químicos, etc., la fabricación de motores, autos y tractores en IAME-DINFIA alcanzando, en 1953, a destinar el 80% de su producción al consumo civil).

Así, mientras la raquítica e inconsciente burguesía nacional, -que en gran parte abominaba del peronismo- produce licuadoras, aspiradoras, heladeras, lavarropas, cocinas o telas para sustituir al casimir inglés, el Estado se ocupa de fabricar barcos en sus astilleros de AFNE, vagones ferroviarios, combustibles en YPF, automóviles en Córdoba. Aquí se observa de qué modo el Estado peronista sustituye a la burguesía nacional en un proceso de capitalismo nacional que ella debe protagonizar pero para el cual resulta impotente.

Esa burguesía nacional falta a la cita con la Historia por tres razones: por su debilidad material, apenas emergida recientemente en el país agropecuario donde el imperialismo y la oligarquía ganadera la han hostilizado siempre; por su cobardía congénita que le hace impensable disputar la conducción de los negocios públicos a un patriciado al cual secretamente envidia y con el cual sueña desposarse, mientras le aterroriza ese proletariado que debido a la presencia imperialista tiene un crecimiento relativo mayor al de ella misma y puede pretender darle su propia óptica a la lucha antimperialista; por su colonialismo ideológico, producto de su subordinación a los medios de difusión oligárquicos, desde la escuela a los diarios, que le impide alcanzar la conciencia histórica para intentar erigirse en clase dominante y desarrollar su proyecto.

Por esta razón, el movimiento nacional acaudillado por Perón debe llevar adelante un proceso de desarrollo nacional-burgués con apenas el apoyo de algunos sectores de la burguesía nacional (Miranda y Gelbard fueron sus principales exponentes) y esta circunstancia determina el otro rasgo tan singular del peronismo: él, que sustituye a la burguesía nacional en la conducción de este proyecto, tiene a la clase trabajadora como uno de sus principales baluartes, lo cual necesariamente mediatiza profundamente el carácter burgués del proceso, es decir, reconoce a los Obreros un rol que no habrían tenido seguramente en un proceso nacional burgués acaudillado por la burguesía. Además, les reconoce una serie de reivindicaciones importantísimas, como nunca antes en nuestra historia. De este modo, ese capitalismo



nacional, con una gran área estatizada, ofrece una variante obrerista que lo toma decididamente diferente del capitalismo clásico, en su etapa inicial, en Europa y Estados Unidos.

La Justicia Social

Mientras en los procesos capitalistas clásicos, la acumulación se basa esencialmente en la explotación de los asalariados, en este curioso fenómeno argentino eso hubiese significado la desintegración del frente -y seguramente, la caída del gobierno- al perder a uno de sus componentes de mayor peso específico y cohesión social. Por el contrario, el peronismo se convierte en intérprete de los reclamos obreros y se caracteriza por dar respuesta a los mismos: aguinaldo, tribunales de trabajo, sindicatos por rama, afiliación masiva, delegados de fábrica, comisiones internas, generalización de vacaciones pagas, indemnización por despido y accidentes de trabajo, estatuto del peón rural, salario mínimo, convenios colectivos, turismo social, CGT única, Ministerio de Trabajo, pensiones, salario real en ascenso, agregados laborales en embajadas, plena vigencia de leyes laborales de antigua data que carecían de aplicación efectiva e incluso reconocimiento constitucional a los derechos más importantes.

Debe observarse que los militares nacionales, con Perón a la cabeza, necesitaban confluir con otras fuerzas sociales para dar salida al empantanado golpe del 4 de junio. Estaban dispuestos a jugar un rol decisivo en una política nacional, pero en modo alguno sospechaban siquiera la posibilidad de una política socialista. Su aliado natural era la burguesía nacional, pues en tanto hombres de una institución armada del aparato del Estado se sentían también víctimas del imperialismo pero, por la misma razón de ser un engranaje del sistema, no apuntaban a subvertirlo. Sin embargo, sólo algunos de los miembros de esa burguesía débil y timorata decidieron apoyar esa experiencia, lo que reveló que la única fuerza consecuentemente nacional fueron los trabajadores.

Así, estos se convirtieron en la "columna vertebral" del movimiento sin que esto modificase el camino capitalista de ese proceso de Liberación Nacional, pero sí disminuyendo profundamente sus rasgos burgueses.

Cabe entonces la pregunta: ¿por qué el ingreso masivo de los trabajadores al frente nacional no significó el retiro de sus propios patrones de ese frente? ¿Cómo era posible redistribuir fuertemente el ingreso, imponer convenios colectivos, defender a los delegados, crear Tribunales de Trabajo favorables a los obreros, etc. sin perder el apoyo de los Miranda y los Gelbard? Aquí entra a jugar un personaje generalmente oculto en nuestra historia, no obstante su influencia decisiva en nuestra conformación como país desde fines del siglo pasado: la renta agraria diferencial. Y es necesario detenerse en su análisis porque ella es una de las claves de los principales acontecimientos y procesos de nuestra vida política.

La renta diferencial

Las excepcionales condiciones de clima y suelo de nuestra zona pampeana han permitido producir carnes y cereales, a costos notablemente inferiores a los del resto del mundo. Es decir, en nuestra producción agropecuaria, además de la rentabilidad común propia de este tipo de producción, existe una utilidad excedente o



superutilidad que llamamos renta agraria diferencial y que está dada por la diferencia entre el costo del mercado mundial (que se fija en función de la producción de países con clima y suelo no privilegiados) y el costo argentino. Esta ventaja comparativa ha signado el carácter de nuestra oligarquía: capitalista en tanto fabrica vacas, paga salarios a sus peones y vende en el mercado mundial, pero no burguesa en tanto sus altas ganancias no provienen principalmente de la explotación de sus peones (con muy pocos hombres maneja enormes extensiones de campo) sino fundamentalmente de la renta agraria diferencial, derivada de ese privilegio de clima y suelo. Esa clase dominante está marcada por ese rasgo fundamental no burgués, parasitario y ello la lleva a derrochar sus fabulosos ingresos y no a reinvertirlos, manteniendo durante décadas una total indiferencia por la innovación tecnológica y el aumento de productividad. Federico Pinedo, uno de sus principales exponentes, confiesa: "Decir campo en Argentina es decir fábricas al aire libre: ya está tecnificado. Todo es cuestión de costos: la calidad de nuestra tierra y su abundancia hace que no nos convenga agregar maquinarias, porque producimos a menor promedio, pero también a menor costo. Es decir: los franceses, a una superficie de 100 le sacan carne en 50 kilos. Nosotros, a igual superficie, le sacamos 5 kilos. Pero nuestro kilo vale un peso y el de ellos vale ocho. Como nuestro territorio es mucho mayor, en conjunto, producimos más. Y entonces, ¿para qué producir acero, si es más caro que comprarlo?" Otro hombre del sistema, Moisés Ikonikoff ratifica este criterio: "La Argentina (debió decir: "su clase dominante") se enriqueció desde fines del siglo pasado pero no se desarrolló". La diferencia es crucial: la oligarquía se enriqueció, despilfarró sus ingresos (fabuloso derroche en viajes, personal de servicio, construcciones faraónicas como la actual cancillería que pertenecía a la familia Anchorena) y en determinada época, parcialmente, le participó a la clase media radical para convertirla en su cómplice. Pero no siendo burguesa, no se propuso desarrollar el país, no acumuló capital. Fue indiferente a la gran oportunidad para echar las bases de la industria liviana y pesada, a fin de siglo y más aún, como confiesa Pinedo, ni siquiera se preocupó de modernizar la producción agropecuaria.

Por eso hubo "enriquecimiento" (para un sector de la sociedad) y no "crecimiento de las fuerzas productivas". Esa renta se distribuyó hasta 1945, en parte, disminuyendo los precios de exportación, subvencionando el costo de vida de los obreros de los países centrales, especialmente ingleses; en parte, dilapidada por el consumo suntuario de una oligarquía fastuosa y en parte, ensanchando el aparato estatal para absorber parcialmente la mano de obra desocupada producto de una política económica antiindustrialista (el "puesto público" será la bisagra de inserción del radicalismo al viejo país agrario). El peronismo, en cambio, se apropia parcialmente de esa renta diferencial y la convierte en pivote de su política de crecimiento económico y justicia social. Para ello, controla decididamente la exportación a través del IAPI, el control de cambios y el Banco Central, concentra además la exportación defendiendo los precios y entabla duras negociaciones con los ingleses en materia de carnes ("Ni un penique más para Perón", protesta en primera página el diario inglés -News Chronicle" el 31 de marzo de 1949). Es decir, rescata la parte de la renta diferencial que se llevaba el imperialismo con bajos precios, pero, además, fija un tipo de cambio sobrevaluado que implica la apropiación de una parte de lo que percibe el exportador por sus ventas. Esa parte de renta diferencial es transferida por el Bco. Central a los industriales que -utilizando ese tipo de cambio alto- logran importar a bajo precio máquinas e insumos, mientras la combinación con



tarifas aduaneras protectoras impide la competencia del producto terminado extranjero a las nacientes industrias. Otra masa de riqueza, a través del Banco de Crédito Industrial les llega a los industriales en forma de créditos a bajas tasas de interés en el curso de un proceso de inflación controlada, con lo cual se financian al devolver mucho menos de lo que habían recibido realmente.

Otras medidas conjugan este sistema: la congelación de arrendamientos rurales permite estrechar los márgenes de los terratenientes en provecho de los chacareros arrendatarios y los alivia a éstos del menor precio que resulta de la exportación al mencionado tipo de cambio. El congelamiento de alquileres urbanos -no sólo de viviendas sino también de locales- actúa asimismo como un subsidio a los sectores comerciales e industriales reduciendo la renta parasitaria de los dueños de inmuebles.

Esto significa que el sector industrial se convierte en beneficiario de una importante redistribución del ingreso que se logra transvasando una buena parte de la renta diferencial desde el sector oligárquico. Aquí reside el principal factor en que la reciente burguesía industrial basa la acumulación del capital, jugando la plusvalía obrera como otro elemento, pero no el principal, ratificando así la originalidad de este proceso.

Esa burguesía industrial que opera con créditos baratos, protección aduanera y mercado interno en expansión cede, entonces, a cambio de esos privilegios, una serie de beneficios importantísimos en favor de la clase trabajadora. La contradicción obreros-empresarios no cesa, pero se amengua notablemente, sus relaciones se aceitan merced a la renta diferencial. En tanto los precios internacionales de los productos exportables tradicionales sean altos y permitan mantener este traslado de riqueza, habrá "conciliación entre el capital y el trabajo, habrá "pacto social" o en lenguaje peronista, habrá "comunidad organizada".

Los componentes del frente se asocian así obteniendo cada uno importantes conquistas: los militares expanden sus inquietudes en las tareas productivas de Fabricaciones Militares, la Iglesia obtiene la enseñanza religiosa y una gran influencia sobre la Universidad (el peronismo desaloja de allí a los representantes de la cultura liberal oligárquica, pero no puede reemplazarlos con equipos nacional-democráticos casi inexistentes, salvo los forjistas y conforma al nacionalismo de derecha con esta cesión), los industriales reciben protección estatal y amplio consumo interno, los trabajadores logran conquistas sociales, ocupación plena y fuerte redistribución del ingreso, los inquilinos gozan del congelamiento en épocas de inflación, los chacareros medianos dejan de ser explotados por las casas cerealistas y compensan los menores precios agrarios con los arrendamientos congelados. Por otra parte, se produce un notable ascenso social de la mujer, más incorporada a la producción, con capacidad política a través del voto y acceso a las actividades profesionales. Asimismo, se realiza una importante tarea de ayuda social, desde el Estado y a través de la Fundación Eva Perón, donde Evita desarrolla un trabajo infatigable para resolver carencias del sector más postergado de la sociedad.

Perón elevará al plano de la doctrina esta asociación producida en el frente nacional y la llamará "comunidad organizada". Pero, ¿cómo se conduce un frente de este tipo donde -aunque amenguados- existen contradictorios intereses y proyectos, donde se manifiestan componentes con ópticas diversas y reclamos particulares?



Perón y la conducción del frente

El frente policlasista nacido el 17 de octubre de 1945 levanta un proyecto: concluir con el viejo país agrario y quebrantar la dependencia. Pero los diversos integrantes del Frente observan ese proyecto de Liberación Nacional desde diversas ópticas: para los hombres del Ejército significa, ante todo, echar las bases de una industria pesada propia que asegure la autonomía de las Fuerzas Armadas sin subordinarse a armas importadas, ni asesoramiento ni tecnología extranjera; para la burguesía nacional significa, esencialmente, la protección estatal que asegure condiciones para el desarrollo de un capitalismo nacional; para los trabajadores implica un decisivo avance en sus derechos laborales y un mejoramiento del salario real. Si cada uno de estos proyectos hubiese encarnado en una agrupación política, el frente se habría dado como alianza de varios partidos y de ese compromiso hubiese debido surgir una dirección política representativa de todos ellos, unificada en coincidencias comunes pero también con las inevitables disidencias internas. Pero no ocurrió así porque, como sostiene Puiggrós "ya en 1936 todos los partidos políticos argentinos eran conservadores", es decir, resultaban servidores o cómplices del viejo orden semicolonial. Por esta circunstancia, el naciente movimiento policlasista debió improvisarse una conducción, generar un líder capaz de expresar el común anhelo de Liberación Nacional de todos esos sectores, pero también, al mismo tiempo, el proyecto de cada uno, alguien que fuese capaz de representarlos a todos al mismo tiempo y a ninguno en particular. Ese líder fue Perón: un militar nacional, industrialista y obrerista.

Más allá del afecto que perdura en la memoria de las mayorías populares argentinas, nadie puede suponer que Perón gestó la industria, inventó la clase trabajadora y convirtió en nacional a un sector del ejército sino que, por el contrario, esa industria en crecimiento, esos trabajadores concentrados en el gran Buenos Aires y esos soldados enemigos de ingleses y yanquis generaron un líder. La realidad clamaba por un hombre para desempeñar un rol protagónico y ese hombre emergió, justo es decirlo, con un talento político y una capacidad pocas veces vista para colocarse en la cúspide del Frente Nacional.

Este coronel que en 1945 llegó al instante decisivo de la lucha controlando la vicepresidencia, el Ministerio de Guerra y la Secretaría de Trabajo y Previsión, organiza su gobierno, poco después, otorgando a un hombre de la burguesía nacional el manejo de la economía y a un sindicalista, las cuestiones laborales, mientras él actúa como comandante en Jefe de las Fuerzas Armadas y se relaciona, a través de personas de confianza, especialmente Evita, su esposa, con la central obrera. Sobre él actúan así los reclamos de los distintos aliados integrantes del frente antiimperialista y él se cuida muy bien, durante largos años, de que cada uno de ellos lo sienta su representante.

Colocado por encima de todos los sectores nacionales, como un gran padre que no admite preferencias por nadie, conforma a su alrededor una burocracia obediente para llevar adelante el proceso de Liberación Nacional. Sin embargo, el apoyo simultáneo de empresarios nacionales y de trabajadores no puede expresarse en un modelo que sea al mismo tiempo capitalista y socialista, sino en una sola dirección y ese proyecto resulta el capitalismo autónomo a que hemos hecho referencia.

Por un lado, siendo Perón un hombre perteneciente a una institución integrada



al aparato del Estado no podía ocurrírsele subvertir el sistema. Por otro lado, el nivel de conciencia alcanzado por los trabajadores no reclamaba la instauración del socialismo, sino una sustancial mejoría de sus condiciones de vida, que era posible alcanzar dentro del marco capitalista. Si se tiene en cuenta que los partidos de la vieja izquierda ni siquiera comprendieron la necesidad de "golpear juntos y marchar separados" respecto al peronismo, sino que se sumaron a la oposición oligárquica manejada desde la, embajada de los Estados Unidos, se comprende que era natural que el líder optase por el camino del crecimiento de las fuerzas productivas en el cauce de las relaciones burguesas de producción. Sólo un pequeño grupo marxista - "Frente Obrero"- entendió la necesidad de actuar junto al peronismo, en el frente antiimperialista, pero desde una perspectiva propia, socialista, en la mejor tradición de los Congresos de la IIIª Internacional donde Lenin y Trotsky habían analizado el rol a jugar por los socialistas en los países atrasados cuando el frente nacional es conducido por la burguesía nativa. Pero este grupo carecía de fuerza como para intentar disputar la conducción del frente y no logró tampoco una presencia política socialista en esa lucha de Liberación, aunque sí echó las bases de una corriente ideológica: la Izquierda Nacional.

Perón, pues, como líder del movimiento nacional, representa a todos sus componentes y se coloca, para gobernar, por sobre todos ellos, pero concreta, desde su perspectiva peculiar, el proyecto de la burguesía nacional cobarde e impotente. La apropiación parcial de la renta diferencial, a que hemos hecho referencia, juega entonces como base de sustentación del movimiento policlasista y permite a un hombre de excepcionales condiciones políticas, expresar a más de la mitad de los argentinos.

Esa conducción tiene, inevitablemente, rasgos muy singulares: es personalista, vertical y pendular. Sólo en el líder deben concentrarse las presiones, reclamos o propuestas. No hay debate en la cúpula pues peligraría la unidad del movimiento. Perón es la instancia suprema, pero no el dictador ególatra, autoritario y arbitrario que impone su voluntad porque los sectores del movimiento tienen "miedo a la libertad", como supone la interpretación liberal, sino, en definitiva, el intérprete de lo que ocurre en las calles, los barrios, los cuarteles, las fábricas y las gerencias, el árbitro final de todas las disidencias, la síntesis de los planteos contrapuestos.

Por esta razón, el General no acepta a su lado estrellas con luz propia que concluirían expresando a un ala particular del frente y comprometerían su equilibrio. No te ilusiones" -le dice Jauretche a Cooke, cuando su figura ha crecido mucho en el peronismo- y le profetiza: "Ya pagarás caro lo que te has agrandado ahora, como lo han pagado todos los que se han levantado siquiera un centímetro del rasero común" (carta del 15/10/1956). Por esa razón, Perón se preocupa de no tener vicepresidentes con fuerte personalidad en los cuales pueda encarnar algún sector del frente (Quijano, Tessaire e Isabel fueron figuras decorativas; además, Perón gobernó hasta que pudo sin vicepresidente en la segunda presidencia). El conductor se rodea de hombres inteligentes y capaces -Ramón Carrillo, por ejemplo- pero siempre que no tiendan a emerger como posibles expresiones de un sector, como futuros líderes con equipos y voluntades difícilmente poco manejables. Por eso cae Domingo Mercante en la provincia de Buenos Aires y por eso, también, los cortocircuitos que se producen varias veces entre Arturo Jauretche y el General Perón.

Este personalismo se completa con el verticalismo que asegura al conductor el dinamismo y la ejecución de sus decisiones, sin empantanamientos ni discusiones en



los estratos intermedios. Así se galvaniza la unidad del movimiento pero exige entonces que el propio líder se desplace, dentro del frente, para conformar a los componentes del mismo. El personalismo y el verticalismo se integran así con la conducción pendular, es decir, la adopción alternada de posiciones tendientes a la izquierda, al centro o a la derecha, respondiendo, en cada caso, a las diversas presiones, sin fijar el péndulo demasiado tiempo en una posición, que provocaría el creciente descontento de los sectores ubicados en posición antagónica. "Conducir - para Perón- es ordenar el caos es decir, galopar sobre los acontecimientos turbulentos y apaciguar las contradicciones con respuestas parciales y alternadas, para mantener la cohesión del todo. Al "Bebe" Cooke se lo plantea claramente en sus instrucciones cuando éste es su delegado personal: "No olvide que usted debe ser una especie de Padre Eterno que ha de dar la bendición a todos por igual, que si se embandera en la lucha parcial de los pequeños bandos, termina por perder a uno de ellos y eso no debe ser. Hay que arreglarlos a todos porque todos sirven para algo" (carta del 22/6/57). "Usted debe conducir el todo y no las partes" le agrega en otra oportunidad (26/11/58).

Es decir, la unidad del movimiento debe estar por encima de todo ("para cada peronista no hay nada mejor que otro peronista") o como sostiene en "Actualización Doctrinaria": "No hay que mirar al costado, sino al frente donde está el enemigo". Y para mantener la unidad hay que conformar, alternativamente, a unos y a otros, provocando a veces desconciertos y otras veces disgustos, pero cicatrizando inmediatamente las heridas, reagrupando y consolidando siempre la confianza dispensada por las diversas alas del movimiento.

La conducción se privilegia entonces frente a la ideología o lo que es lo mismo, la táctica sobre la estrategia: "Para nosotros -dice Perón- no hay nada de cierto ni nada que se pueda negar, previo a una aprobación que nosotros hacemos y en el método que aplicamos. Nuestra tercera posición no es centrista, Es una colocación ideológica que está en el centro, la izquierda o la derecha, según los hechos. Obedecemos a los hechos"¹. Del mismo modo, en una oportunidad en que pronosticaba resultados electorales, el General adjudicaba al radicalismo el 35%, a los conservadores el 20%, a los socialistas el 15%, a los comunistas el 10% y ante la pregunta del periodista: -Pero, General, ¿y los peronistas?-, contesta riendo: "Ah, no, peronistas son todos".

De este modo, el líder, más allá de las banderas fundamentales, no se compromete de manera permanente con ninguna posición política sino que las rebobina cuantas veces sea necesario, lo que escandaliza a algunos minuciosos opositores que recortan frases del General para contraponerlas y demostrar su falta de consecuencia. Uno de ellos, Orestes Confalonieri se ocupó de archivarlas para lanzar luego un libro 'Perón contra Perón' (1956) donde demostraba que el mismo caudillo que había estado a favor de determinadas medidas, luego había estado en contra o a la inversa (enseñanza religiosa, pacificación, divorcio, relaciones exteriores). Perón no se inmutó nunca ante esas críticas y procedió siempre pragmáticamente según las condiciones en que debía moverse, con la certeza de que las bases sociales del frente no amenguarían la confianza que le habían dispensado por estos desplazamientos hacia uno u otro lado. Dentro del frente, él podía recorrer todo el espectro e incluso a veces hasta saliéndose del frente. "¿Derechas? ¿Izquierdas? Yo el partido lo manejo con las dos manos", dirá burlándose de los ideólogos. Y en otra oportunidad graficará su conducción pendular: "El movimiento debe ser como un avión que sólo logra mantener el equilibrio y avanzar, gracias a las alas contrapuestas".



Curiosamente, el otro gran jefe nacional de nuestro siglo -Hipólito Yrigoyen- afirmaba que debíamos agradecer la existencia de orillas contrapuestas pues ellas permitían instalar el puente. También el jefe radical integraba su movimiento con sectores sociales bien diferenciados y se movía pendularmente para contentarlos, aspecto sobre el cuál no han indagado mayormente los exégetas del radicalismo. Desde el más humilde "peludista" de barrio -laburante o quinielero- hasta los estancieros aristocratizantes que conformaban el grupo "azul" del radicalismo, se abría también un abanico amplio que explica la política ambivalente practicada muchas veces por Don Hipólito. Sólo que Yrigoyen disimulaba los antagonismos de su frente nacional (chacareros, empleados, maestros, pobrerio de las provincias, e inclusive o sectores obreros y estancieros) hablando muy poco, escribiendo menos y apelando, cuando era inevitable expresarse, al lenguaje difuso de "la causa" contra "El régimen", las "patéticas miserabilidades" y las "efectividades conducentes". En ese Yrigoyen que no decía nada y en Perón que en extensos y periódicos discursos lo decía todo, se encierran las dos maneras de conducir el frente policlasista. Así se explica que apreciando los silencios del jefe radical o recurriendo a alguna cita siempre encontrable del jefe peronista hayan podido enfrentarse los radicales entre sí y también los peronistas entre sí, con posiciones antagónicas pero adjudicándose, en las respectivas polémicas, la exclusividad de la identidad radical o peronista.

Bonapartismo y “comunidad organizada”

Ese juego pendular de Perón, esos giros imprevistos, esas oscilaciones que van de una política de conciliación a una de dureza, a veces en reducido lapso de tiempo, fue impugnado por la oposición liberal sindicándolo -desde esa perspectiva estrecha que se queda en la superficie de las cosas- de engaño, inescrupulosidad, oportunismo o arbitrariedad. No comprendían -no comprenden, algunos, todavía- que Perón se improvisó político para ocupar el vacío que dejaba el radicalismo claudicante y la izquierda alienada en los procesos y luchas lejanas, y aprendió a manejar las situaciones políticas colocándose, quizás sin saberlo él mismo, en la cresta de la ola de un movimiento polifacético y contradictorio.

Un pragmático como él comenzó a cabalgar sobre la marcha, en el proceso mismo y logró ir sosteniendo su liderazgo, al mismo tiempo, sobre diversas fuerzas sociales que confluían contra la vieja Argentina agraria. Desde la Secretaría de Trabajo se convirtió en intérprete de los reclamos obreros, desde el GOU y la Secretaría de Guerra en portavoz y mandatario de la oficialidad nacionalista, en sus tratativas y gestiones para arreglar huelgas descubrió a empresarios como Miranda y Lagomarsino y más tarde a Gelbard y asumió su proyecto. Las circunstancias, a las que ayuda con su ductilidad y su rapidez de captación de hombres y situaciones, lo acostumbra a Perón a esa conducción pendular que llegará a manejar de manera esmerada y le permitirá años más tarde conducir al movimiento desde su remoto exilio.

Esta forma de ejercer el poder fue denominada "bonapartismo" por la Izquierda Nacional en el N° 2 de "Frente Obrero" de octubre de 1945, estableciendo una analogía con la manera de gobernar de Luis Bonaparte según el análisis de Marx en "El dieciocho brumario de Luis Bonaparte". Con esta caracterización, los fundadores de la Izquierda Nacional señalaban que el poder no estaba en manos directamente de una clase social determinada, que Perón no era exclusivo líder de los trabajadores, ni



tampoco expresaba a la burguesía nacional en el poder, sino que él y la burocracia que lo rodeaba, piloteaban vicariamente el proyecto nacional burgués. Es decir, sin ser sus representantes directos ni exclusivos, desarrollaban ese proyecto que la propia burguesía nacional era impotente para liderar, lo que daba a la política peronista caracteres muy específicos. Esta caracterización motivó polémicas, especialmente porque Perón no se elevaba -como Bonaparte- por sobre "todas las clases sociales" (aparentando gobernar para todas pero concretando el proyecto reaccionario de una de ellas) sino solamente sobre las clases que integraban el frente nacional" y asumiendo un proyecto progresista, diferencia emergida directamente de la condición semicolonial de la Argentina, distinta a la Francia capitalista del siglo pasado (la lucha de clases se desarrollaba entre la oligarquía y su aliado externo, con la complicidad de sectores de clase media, contra el movimiento nacional, aunque dentro de éste existían también contradicciones de clase secundarias entre empresarios y obreros).

Hernández Arregui precisó la cuestión del "bonapartismo" al sostener que admitía ese rótulo -dada la manera peculiar de conducción del general- si se aceptaba que había bonapartismos reaccionarios como el de Bonaparte y bonapartismos históricamente progresivos, como el de Perón, cuya política de Liberación Nacional resultaba indudable. La discusión no es bizantina porque la singular naturaleza histórica del peronismo, el modo de conducción y la manera como los diversos componentes presionan sobre la dirección del frente, hará crisis más tarde y en condiciones históricas distintas colocará a los trabajadores frente a una dramática encrucijada.

Perón, que se ha preocupado largamente por la conducción militar, desde sus funciones docentes en la Escuela Superior de Guerra, se entusiasma con la experiencia que está desarrollando. Los antagonismos entre los componentes del frente se diluyen bajo el arbitraje del líder, las coincidencias prevalecen sobre las disidencias, ese "caos" que es natural de las sociedades humanas, según gusta decir, se ordena bajo su conducción, la armonía impera sobre la lucha de clases dentro del frente. Y el General no trepida en elevar esa experiencia al plano de la teoría dándole fundamentos filosóficos de lo cual deduce que el justicialismo, a través de la "comunidad organizada", supera al liberalismo, "de índole egoísta" y al marxismo, "de esencia autoritaria".

Esta comunidad organizada cuyo trípode está dado por la CGT, la CGE y las Fuerzas Armadas, se refracta asimismo en la organización del Partido Justicialista: rama gremial, rama política y rama femenina. Los opositores verán aquí rasgos corporativos e intentarán vincularlos a la visita de Perón a la Italia de Mussolini o a las influencias ideológicas de algún nacionalista clerical cercano al presidente. Pero erran profundamente porque su mentalidad colonial les impide comprender que en Argentina y en general, en toda América Latina, la existencia de una cuestión nacional torna progresivo todo frente de clases oprimidas que promueva modernas relaciones de producción y crecimiento de las fuerzas productivas. Tampoco entienden que la razón profunda que permite ese pacto social -esa "conciliación entre capital y trabajo"- reside en la renta agraria diferencial que aceita los engranajes de la maquinaria productiva en esa Argentina del '50 permitiendo la redistribución de ingresos en favor de los obreros, sin afectar la acumulación del capital.

Sin embargo, precisamente allí, en la renta diferencial, reside el secreto de la esfinge que permite iluminar los diversos aspectos del peronismo aparentemente incomprensibles. Por esa misma razón, cuando a partir de 1952/53 esa renta



comience a estrecharse peligrosamente -por la disminución de los precios agropecuarios internacionales y la tendencia al autoabastecimiento de algunos países europeos- emergerán dificultades que cuestionarán seriamente el funcionamiento de esa "Nueva Argentina" nacida en 1945.

El achicamiento de la renta agraria diferencial

Tal como hemos dicho, ese proceso de Liberación Nacional, bajo la forma de desarrollo de un capitalismo autónomo, descansaba fundamentalmente sobre la renta diferencial. Esa apreciable diferencia entre los costos de nuestra zona pampeana y de los otros países agropecuarios posibilita que estancieros y chacareros continúen produciendo aún cuando se les quite una importante parte del precio de sus exportaciones para financiar el crecimiento industrial y la justicia social. Por esta razón, la disminución de esa renta diferencial provoca graves dificultades para seguir implementando esa política que ha caracterizado al peronismo desde 1946.

La renta diferencial sufre su primer achicamiento entre 1951 y 1952 como consecuencia de factores climáticos: la pampa húmeda padece dos sequías sucesivas de una magnitud jamás conocida en su historia. La caída de la producción agropecuaria y la situación apremiante de muchos productores impide someter los precios de exportación a importantes quitas, como en los últimos años. La traslación de ingresos del campo a las ciudades se reduce y mientras los industriales empiezan a encontrar dificultades para llevar adelante la acumulación del capital, también se desacelera el mejoramiento del salario real de los obreros. La "comunidad organizada" encuentra así sus primeras dificultades de funcionamiento.

Contemporáneamente, se perciben ya los efectos de la recomposición de la economía mundial de sus heridas de la Segunda Guerra, generando también una nueva disminución de la renta diferencial, ahora ya no a causa de factores coyunturales (climáticos) sino de causas que tienden a ser permanentes (mejoras tecnológicas producidas en países competidores mientras la parasitaria oligarquía argentina, siguiendo el consejo de Pinedo, se desentiende de invertir y mejorar; tendencia al autoabastecimiento de alimentos en varios países europeos; recomposición del control de los grandes consorcios internacionales sobre el mercado mundial comprimiendo los precios de los países del Tercer Mundo).

Frente a estas dificultades, el gobierno reorienta su política económica mejorando precios agropecuarios (junto a la veda de carne y luego, la elaboración de un pan de inferior calidad para el consumo interno) e intenta estabilizar salarios y precios con medidas de corte monetarista. El plan económico de 1952 va dirigido a paliar los desajustes mencionados y difunde un lenguaje nuevo desde las altas esferas: austeridad, productividad, estabilización. Perón mismo se ocupa en un discurso de señalar el despilfarro de los argentinos, observable en la cantidad de alimentos que hay en los tarros de basura, convocando a ahorrar para consolidar una fuente de inversión nacional.

Los diarios -entre 1953 y 1955- ofrecen el rostro de un peronismo distinto a aquel de los primeros años. No se trata, sin embargo, como superficialmente explica Félix Luna, de que se hubiesen gastado las reservas acumuladas durante la Guerra en un irresponsable festín, pues esas reservas se emplearon, en su mayor parte, para reequipar al país que necesitaba motores, máquinas transportes, etc.- y también para recuperar los resortes económicos sin cuyo control resultaba imposible poner en



marcha un intento de crecimiento autónomo de las fuerzas productivas (repatriación de la deuda externa para concluir con el drenaje de divisas por amortizaciones e intereses, pago parcial por la adquisición de los ferrocarriles). El cambio obedece a la disminución de esa superutilidad agraria que entre 1945 y 1952 era la bomba impulsora del desarrollo y parecía haber anulado la lucha de clases dentro del frente nacional.

El peronismo intenta ahora proseguir su política tradicional de la "comunidad organizada" pero la base de sustentación se ha debilitado demasiado. Es urgente realizar una importante inversión en transportes y combustibles -algo retrasados respecto al crecimiento general- y al mismo tiempo, impulsar decisivamente la industria pesada que está en pañales. La industria metalúrgica, especialmente los electrodomésticos, así como la industria textil, han cubierto ya su expansión, pero es necesario asimismo renovar equipos. Por su parte, la CGT intensifica sus reclamos hacia 1954 protestando por las alzas de precios que deterioran el salario real, mientras los empresarios nacionales sostienen que la única solución consiste en aumentar la productividad obrera -disminuida, según ellos, por excesivas conquistas sociales-, es decir, reclaman la aplicación de las reglas clásicas de acumulación del capital: menor salario, mayor jornada, en buen romance, la plusvalía funcionando a pleno.

Unidad de conducción y burocratización

Además, los obstáculos no sólo traban la marcha en el área económica sino que aparecen también en el plano político. La conducción vertical y la unidad de mando impuestas por el Gral. Perón favorecen la ejecutividad: las decisiones son inmediatas, como asimismo la implementación de las mismas para concretarlas. El mismo se burlará, más de una vez, de los amplios cuerpos colegiados donde se discute mucho y no se hace nada, de los proyectos enviados "a comisión", como así también de que "lo mejor para no hacer un cambio reside -no en oponerse sino en proponer otro- pues las interminables discusiones concluyen por esterilizar la propuesta. Pero también es cierto que el liderazgo unipersonal, con férrea disciplina hacia abajo, concluye por eliminar a los más aptos y conformar una burocracia de obsecuentes. Jauretche comenta al respecto: "Recuerdo que una vez, en una reunión de ministros, Perón hizo una pregunta y yo los veo a los ministros que todos empiezan a pasarse la pelota, que nadie quiere dar su opinión: ¿Qué decís vos?, le dice uno al otro. ¿Y usted qué dice? Y se siguen pasando la pelota porque saben que Perón es un tipo rápido de imaginación, rapidísimo y que no aguanta mucho sin hablar, sin opinar. Entonces, Perón da su opinión. Es decir, han pasado los cinco minutos necesarios y Perón ya da su opinión. Entonces, uno lo mira al otro y le dice: fenómeno, pero te das cuenta como las ve todas, pero qué talento, qué genio, cómo las comprende ... ¡Qué hijos de puta!, digo yo. Porque esa vez Perón tenía razón en sus conclusiones, pero si no hubiera sido así, si se hubiera equivocado, si la hubiera visto mal, igualmente habrían dicho lo mismo... Los adulones son una cosa terrible, porque destruyen, porque no ayudan, no informan y engañan..."²

Por esta razón, a través de esos años de gobierno se ha ido produciendo una selección al revés: importantes figuras políticas, de claro pensamiento y cristalina conducta, van siendo desplazados por los arribistas, los obsecuentes, los "pensionistas del poder" interesados sólo en los cargos y dispuestos a no disentir jamás, a no alertar, a no advertir posibles errores. "Hubo que resignarse a ser un



espectador, donde se creyó ser actor de primera fila”³, señala Jauretche y a partir de su renuncia, en 1950, toma distancia del mundo político. “Me apena pensar todo lo que yo pude hacer en la formación de la conciencia nacional en el transcurso de esos diez años -escribe Raúl Scalabrini Ortiz-. Es claro que el gobierno de Perón hubiera sido constantemente hostigado por mí, para bien de Perón y del país. No le critico siquiera haberse rodeado de adulones. El hombre de gobierno necesita esa corte de lisonja para sostenerse, para confortarse, para continuar esa tremenda tarea de conducir al país entre las tremendas dificultades internas y externas. Pero debió haber dejado un resquicio, una trinchera, algo desde donde hubiéramos podido continuar adoctrinando y enseñando...”⁴

Al terminar sus mandatos como diputado y gobernador, respectivamente, en 1952, son apartados del gobierno John W. Cooke y Domingo A. Mercante. Juan José Hernández Arregui es víctima de denuncias maccartistas desde la derecha del peronismo. Asimismo, los mejores gremialistas van siendo reemplazados en la conducción de la CGT por burócratas rutinarios, sin otra preocupación que cumplir órdenes.

Perón mismo denuncia en un discurso que se encuentra rodeado de “adulones y alcahuetes” y que buena parte de la gente que solicita audiencias sólo termina proponiendo negocios, a veces de dudosa moralidad. Una gran soledad lo va rodeando al líder. En este sentido, el fallecimiento de Evita en 1952 ha resultado un golpe muy duro. Ella constituía el puente entre el líder y los trabajadores, el mecanismo a través del cual Perón permanecía en contacto con la realidad de lo que constituía “la columna vertebral del movimiento”. Pero, a partir de la desaparición de Evita, este vínculo se realiza a través de burócratas más dispuestos a dar informaciones agradables que a plantear los problemas existentes, a dar información veraz de lo que ocurre en las bases.

Esa burocratización, en las altas esferas del poder, significa, para el peronismo, la pérdida de su dinamismo y combatividad de los primeros años. Ella se conjuga, asimismo, con las dificultades de índole económica, para colocar al General ante una grave crisis que exige definiciones rotundas para poder proseguir la marcha.

El peronismo en la encrucijada

Frente al peronismo gobernante se ofrecen entonces dos caminos. Uno de ellos consiste en profundizar el proceso de Liberación Nacional convirtiendo a los trabajadores en protagonistas cada vez más decisivos y recortando ingresos no sólo a la oligarquía sino incluso al reciente aliado: la burguesía nacional. Ésta ha aprovechado el apoyo estatal para impulsar sus industrias pero no se ha preocupado mayormente de la eficiencia de sus empresas protegidas de la competencia externa y favorecidas por créditos baratos y alto consumo popular. Por el contrario, su inconsciencia histórica la ha llevado a copiar pautas de consumo oligárquicas (primero, la quinta, después unos campitos y unas vacas que permitan acceder a la Sociedad Rural, más tarde el viaje a Europa y un auto para cada hijo porque “los chicos tienen cada uno sus compromisos”). Por eso, vez de continuar subsidiando su inconsciencia y su derroche, es necesario consolidar la franja de economía estatizada y desarrollar diversas formas de propiedad social (desde cooperativas hasta ensayos de autogestión o cogestión obrera). Asimismo captar capital de la única fuente existente - la oligarquía terrateniente- a través de diversas medidas, desde el impuesto a la renta



normal potencial de la tierra, la absorción de la renta inmobiliaria y un fuerte gravamen a los gastos suntuarios, hasta la nacionalización de las estancias, transformando esa propiedad agraria en propiedad social y concretando la tecnificación y modernización que permita multiplicar la producción. Este camino significa convertir al peronismo, prácticamente, en un partido obrero pues su base social se reduciría esencialmente a los trabajadores e implica no sólo una audaz política nacionalista revolucionaria sino que al afectar a la propiedad privada adquiere perfiles socialista. Ya no se trataría entonces de la Liberación Nacional en el marco de la "comunidad organizada" sino de la clase trabajadora acaudillando la Liberación Nacional en el camino hacia el socialismo.

La otra variante consiste lisa y llanamente en aprobar los reclamos de la CGE y fundamentar, desde ahora en adelante, la acumulación de capital en la exacción de plusvalía a los trabajadores. Sin embargo, dada la debilidad e inconsciencia histórica de este sector social, el modelo se combina con algún tipo de negociación que permita importantes inversiones de capital extranjero. La presencia imperialista resulta insoslayable en esta alternativa. Por un lado, porque la burguesía nacional se abastece de manera importante de insumos y tecnología importados, lo que la torna proclive a acuerdos con el imperialismo, aunque tema que éste pueda quedársele con porciones de mercado interno, y por otro lado, porque el apoyo de esa burguesía nacional al peronismo jamás se dio en bloque, con posibilidades de constituir una fuerte columna de apoyo al gobierno sino, por el contrario, de manera mediatizada, tanto por su estrechez de miras capitalistas como por su colonialismo mental, lo que la conduce, también, a munirse de un socio poderoso. En este caso, la posibilidad de perder apoyo en sectores obreros y esa debilidad de la burguesía nacional, constituye al imperialismo en actor demasiado protagónico que inevitablemente cuestionará la política de Liberación Nacional tendiendo a reemplazar ese proyecto por el de un capitalismo dependiente. Aquí también se agrieta la "comunidad organizada" pero la experiencia histórica de diversos, países indica que tras su empantanamiento -la revolución inconclusa o interrumpida- se precipita la claudicación.

Estos caminos que se bifurcan ante el gobierno peronista, ofrecen asimismo su correlación en el campo estrictamente político. En el primer caso, tarde o temprano, resulta indispensable abrir cauce en el frente nacional a una posición socialista. En el segundo, el frente nacional se irá diluyendo en una conciliación cada vez más estrecha con los partidos que expresan, en mayor o menor medida, los intereses imperialistas.

Enfrentado a esa opción, el peronismo -entre 1953 y 1955- vacila en adoptar un rumbo.

Entre la conciliación y la revolución

Durante ese período (1953-1955), el gobierno peronista no se decide a adoptar ningún camino definido. Navegando sin rumbo cierto, ensaya políticas propias de cada una de las alternativas posibles, respondiendo, en cada caso, a la diversa presión de los distintos componentes del frente. Esa ausencia de definición lo enreda en contradicciones paralizantes que favorecen las posibilidades del golpe oligárquico.

Por un lado, intenta provocar inversiones imperialistas que cubran, por lo menos transitoriamente, las necesidades de capital: así sanciona la Ley de Radicaciones Extranjeras garantizando el giro de utilidades al exterior hasta el 8% del capital invertido (esta ley adquiere contornos "nacionalistas" si se la compara con la



adoptada años después por Martínez de Hoz, pero significa una involución respecto a la política peronista del '45); inicia negociaciones dirigidas a dismantelar el grupo de empresas DINIE para demostrar su genuino propósito capitalista y su aversión a las "aventuras estatistas"; concreta un acuerdo ad referendum del Congreso con una subsidiaria de la Standard Oil para explotar petróleo; establece buenas relaciones con el Eximbank. Este giro de buena voluntad hacia el capital extranjero se expresa en las visitas de Milton Eisenhower y Henry Holland, hombres prominentes de la diplomacia yanqui. Al mismo tiempo, los reiterados llamados de Perón a gastar menos y producir más, coronados por el Congreso de la Productividad de 1955, del cual emerge la figura de Gelbard al frente de la CGE, revelan la intención de convertir el esfuerzo popular en la base del crecimiento. En la misma línea, se encuentran la política de austeridad en la administración y el congelamiento de salarios durante dos años.

Pero, por otra parte, desde el gobierno aparecen manifestaciones nuevas que permitirían suponer la voluntad de profundizar la Liberación Nacional por carriles revolucionarios: por un lado, el propio Perón se constituye en impulsor de una agrupación de Izquierda Nacional (el Partido Socialista de la Revolución Nacional), dándole no sólo apoyo oficial sino otorgándole su espaldarazo personal en un artículo de "Democracia", bajo el seudónimo de "Descartes"; además, se acentúan los rumores acerca de la creación de "milicias obreras", como si hubiese decisión para concretar esa idea acariciada por Evita, de quien se recuerda que mandó adquirir armas en 1952 para la CGT. Asimismo, el peronismo acentúa política de unidad latinoamericana (convenio con Chile y negociaciones muy adelantadas con Brasil, frustradas por el suicidio de Vargas) que augura una enérgica política antiimperialista. Por otra parte, se produce el conflicto con la Iglesia -una Iglesia preconiliar cuya participación en el frente se verificó siempre desde la derecha- expresión de otro ribete izquierdizante. Ese enfrentamiento lleva a desprenderse de la influencia ideológica del nacionalismo de derecha con su carga de superstición y anticomunismo, abriendo cauce en la Universidad y en los medios de difusión a un desarrollo creciente de las ideas del nacionalismo popular y de la Izquierda Nacional. Asimismo, en esta época, Perón designa a Alejandro Leloir, de trayectoria yrigoyenista, cercano al forjismo, como Presidente del Partido y a John William Cooke, un nacionalista revolucionario, por entonces, como interventor del Justicialismo en el distrito Capital, lo que revela el propósito de desembarazarse de una burocracia asfixiante que el mismo General ha denunciado como "grupo de alcahuetes" que se ocupan solamente de "negociados y coimas". También por entonces Perón convoca a los trabajadores ferroviarios a proponer nuevas formas de conducción de la empresa, a modo de cogestión e incluso sugiere a otros gremialistas la posibilidad de que los sindicatos intervengan en el análisis de costos de las grandes empresas a fin de aplicar una justa política de precios.

Los desplazamientos a derecha e izquierda -tocando los límites extremos de "la comunidad organizada"- signan así el curso peronista de esos momentos cruciales. Esos desplazamientos resultan a menudo desconcertantes como ante el golpe armado por la United Fruit contra el gobierno revolucionario de Guatemala encabezado por Arbenz: el gobierno argentino, junto al mejicano, se niega a avalar la maniobra yanqui en la reunión de la OEA y luego, producido el golpe, da asilo a más de cien adictos a Arbenz... pero finalmente concluye poniendo presos en Villa Devoto a 29 exiliados. La conducción pendular opera ahora de manera menos gradual, inclinándose a peligrosos bandazos, a consecuencia de las mayores presiones originadas en que la base del



"pacto social" -la renta diferencial- se ha reducido notoriamente.

Atacado por la Iglesia en 1954 -pues ésta teme ahora la radicalización de las masas y pretende moderarlas con la creación del Partido Demócrata Cristiano- el gobierno responde frenéticamente no escatimando insulto a los pastores, hasta que la procesión de Corpus Christi -el 11 de junio- se constituye en el prólogo del infame bombardeo a Plaza de Mayo masacrando al pueblo ese nefasto 16 de junio de 1955. Sin embargo, el gobierno no adopta drásticas medidas represivas e incluso intenta aplacar los ánimos escamoteando información sobre los muertos.

Ha sofocado el golpe, pero en vez de llevar a cabo una contraofensiva fulminante, atempera hasta que poco después propone la gran conciliación nacional. Es decir, se desplaza de una posición dura, expresada en la furibunda campaña periodística anticlerical, a una posición conciliadora que el propio Perón formula el 14 de julio anunciando que ha dejado de ser "el jefe de la revolución para ser el presidente de todos los argentinos". Ya antes, en 1953 había ofrecido sus brazos afectuosos a la oposición provocando la aceptación de Pinedo, aunque luego las tratativas se frustraron. Ahora también la "pacificación" es desechada por los partidos antiperonistas, pero este ofrecimiento del General debe ser recordado pues él lo reiterará en 1974. Es decir, si no se puede o no se quiere avanzar en una política nacionalista revolucionaria, se inician políticas conciliadoras pues se están reduciendo notoriamente las condiciones materiales necesarias como para repetir "la comunidad organizada" del '45.

En esta ocasión, el rechazo de la oposición conduce a Perón al discurso agitativo del 31 de agosto donde se compromete a seguir adelante con su política popular y amenaza con que "por cada uno de los nuestros que caiga, caerán cinco de los de ellos". De la pacificación a la guerra en pocas horas significa, para los opositores, una prueba de la falsedad de Perón o para otros, de su sicología ciclotímica. Pero solo es resultado directo de lo que ocurre debajo de las aguas: mientras la burguesía nacional presiona para conciliar intentando asegurar, por sobre todo, la continuidad capitalista y poner en caja a los obreros exigentes, éstos, confusamente, apuntan a trascender los límites en que se ha empantanado el peronismo presionando en el sentido de profundizar la Revolución.

Ya los proyectos resultan demasiado antagónicos como para avanzar a través de una síntesis. Ya la indefinición se torna debilidad ante los problemas acuciantes sin resolver. Del frente del '45, casi nada queda, ahora que un importante sector de las Fuerzas Armadas, bajo la influencia del nacionalismo clerical, se desvincula del frente. Tampoco la burguesía nacional está dispuesta a seguir a Perón en sus "desvaríos" del 31 de agosto. Asimismo, sectores de clase media de modestos recursos también amainan sus entusiasmos por ese Perón que en momentos críticos distrae demasiado tiempo en el deporte.

Aquel poderoso frente nacional del '45 ya no existe. Sólo la clase trabajadora permanece sosteniendo al gobierno. La oligarquía comprende el peligro que la acecha y la oportunidad que se le presenta. En ese escenario político, se produce el golpe militar del 16 de setiembre de 1955.

La Revolución Nacional inconclusa

El gobierno peronista ha sido derrocado porque el frente nacional ha entrado en disgregación. Sólo los trabajadores han golpeado las puertas de los cuarteles



exigiendo armas para jugarse "la vida por Perón" en esos días tremendos de setiembre. Tanto la burguesía nacional como la Iglesia y buena parte de las Fuerzas Armadas han avizorado, con terror, "hordas rojas" en las plazas de la Argentina. Sin embargo, apoyándose en el sector leal de las Fuerzas Armadas -aún sin recurrir a la movilización y armamento de los obreros- el gobierno hubiera podido conjurar el golpe. Así surge de las memorias de los participantes (tanto de los hijos de Lonardi, como de los recuerdos de Bonifacio del Carril). Aramburu ha sido derrotado en el litoral; la insurrección de la Base Naval de Río Santiago está sofocada; Lonardi, en Córdoba, controla "apenas el metro cuadrado de suelo que pisa" mientras las fuerzas de Morelos, Iñiguez y Sosa Molina avanzan hacia Córdoba y Puerto Belgrano. Sólo la flota comandada por Isaac Rojas -y abastecida presumiblemente en alta mar por buques ingleses- se convierte en el reducto más difícil de sofocar, pero con ella solamente no es posible derrocar al gobierno. Campo de Mayo y otras unidades importantes continúan leales a dos días de iniciada la lucha, lo mismo que la casi totalidad de la aviación. Lagos se ha insurreccionado en Mendoza, pero uno de los regimientos lo hace cantando la Marcha Peronista suponiendo que va en ayuda del gobierno. En Santiago del Estero, cuando el Gral. Iñiguez se informa de la rendición, se desconcierta y estalla en un acceso de furia.

¿Por qué, entonces, Perón no reprime a los insurrectos? Él dirá, en primer término, que recordando el drama de la guerra civil española quiere, por sobre todo, "evitar el derramamiento de sangre entre hermanos" aunque era previsible, como ocurrió, que la sangre derramada, sería, en el caso de una derrota, la de sus propios militantes. Después, argumentará que su renuncia fue entregada a un grupo de generales, sólo para negociar una solución y que éstos lo traicionaron. Jauretche, por su parte, sostuvo que la egolatría de Perón lo llevó a considerar que el golpe militar era contra su persona y no contra el pueblo, ni contra el proceso de Liberación. Si hubiese sido así -comenta Jauretche- era correcto no derramar sangre por un hombre, pero el golpe oligárquico era contra el proceso de Liberación Nacional que el pueblo estaba desarrollando y por esta razón, era necesario combatir. Creemos, sin embargo, que existieron causas más profundas que condujeron a la renuncia del presidente y que ellas están dadas por esa encrucijada que vivió el peronismo, sin lograr resolverla, entre 1953 y 1955.

Es cierto que Perón evidenciaba en esos años un gran cansancio y una gran soledad, como él mismo lo manifestara. A la desaparición de Evita y la pérdida del empuje de los primeros años, le siguió la conformación a su alrededor de una burocracia obsecuente y asfixiante. Lo que va de Mercante -rodeado del equipo forjista- a Aloe, blanco de los chistes de la oposición, es una distancia tan apreciable como la que se verifica en el campo gremial, desde Armando Cabo a Di Pietro, quien aconsejó paciencia en 1955 porque el gobierno de Lonardi prometía respetar las conquistas sociales. Lo que va del Perón que lanzaba fuertes invectivas contra la oligarquía ("las fuerzas vivas son los vivos de las fuerzas") o reivindicaba a la Revolución Rusa en el Ministerio de Guerra, allá por los cuarenta, al Perón demasiado absorbido por el deporte en 1954, señala también el agotamiento. Pero en lo profundo de los acontecimientos -más allá de factores personales- es más razonable suponer que el General comprendió que se encontraba ante límites infranqueables que la realidad oponía a sus propósitos.

Ante la encrucijada, ante el camino que se bifurcaba, él no estaba dispuesto a optar: el peronismo no gobernaría sin expresar a esos obreros que lo habían



rescatado aquel día glorioso del '45, pero tampoco daría un salto en el vacío profundizando transformaciones económicas y sociales que lo llevarían, seguramente, demasiado lejos, por rumbos imprevisibles. Ante esa disyuntiva insoluble, era preferible apartarse en la plenitud de su prestigio, conservando la lealtad fervorosa de las masas, a desgastarse bajo presiones contradictorias a las cuales ya no podía - como antes- sintetizar en una política superadora.

El retorno oligárquico del '55 (proimperialismo, política antipopular, persecución a los sindicatos, intento de destrozarse la memoria de aquellos años), deviene así directamente de la negativa de Perón a convertirse en títere de una burguesía traidora y un imperialismo rapaz, así como de su impotencia para dar una salida revolucionaria, dada la ideología expresada en la "comunidad organizada" como correlato del frente policlasista. Por esta razón, el proceso de Liberación Nacional se interrumpe, la Revolución queda inconclusa. La película deja de proyectarse hacia adelante mientras los más fervorosos gorilas del '55 pretenden incluso dar vuelta los carretes para regresar al 3 de junio de 1943.

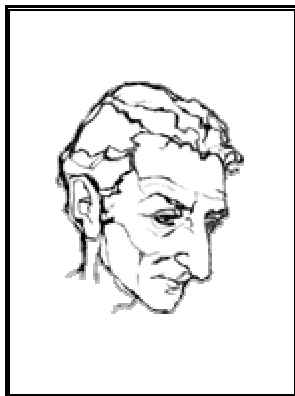
A partir de esta derrota, el peronismo inicia una experiencia nueva, con su líder desterrado, convertido su nombre en palabra impronunciable, con sus sindicatos intervenidos y sus delegados presos, con los trabajadores poniendo en marcha una heroica gesta: "la resistencia".

¹ 5/9/50, citado por J. Page, en "Perón", edit. Vergara, Bs. As., 1984

² A. Jauretche, En Escritos inéditos, edit. Corregidor, Bs. As., 2002

³ A. Jauretche, Los profetas del odio, pág. 307/8, A. Peña Lillo Editor, Bs. As.

⁴ Carta de Raúl Scalabrini Ortiz a J. M. Quinodoz, archivo Raúl Scalabrini Ortiz



Cuadernos para la Otra Historia
© Centro Cultural "Enrique S. Discépolo"
Av. La Plata 2193
C1250AAL Ciudad de Buenos Aires
República Argentina
Tel/fax: (++54-11) 4923-2994
e-mail: web@discepolo.org.ar
Internet www.discepolo.org.ar

